

ce, que acepte sus lágrimas, que acepte sus sacrificios, *ad utilitatem nostram totiusque Ecclesie sue sancte.*

Sí, Dios mio, Rey de la gloria y de la mansedumbre, esto es lo que os suplico, esto es lo que deseo. La gloria, la utilidad de la santa Iglesia, porque solo en ella hemos encontrado salvacion, como Noé la encontró en su arca. Señor, que todos los pueblos entren en esta santa arca para que todos os veneren y adoren, para que no sea dado á vuestros enemigos insultar á la humanidad entera, diciéndose autorizados por el voto del sufragio universal para perseguir nuestra salvadora Iglesia. Así despues de haber celebrado en la tierra el triunfo de vuestro poder, celebraremos en el cielo el triunfo de vuestra misericordia. Amen.

CONFERENCIA III.

El Papado cantará victoria: el Papado es la autoridad de la fe, y hæc est victoria quæ vincit mundum : fides nostra : victoria si se le arrebatara su cetro temporal; victoria si conserva su monárquico trono: pero ¿cuáles serán los resultados morales de esta victoria en uno y otro caso?

Hæc est victoria quæ vincit mundum: fides nostra. (I Joan. V, 4).

Esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe.

Hermanos: Siguiendo ayer reflexionando sobre el Pontificado, descubrimos en él otra garantía de su independenciam, otro sorprendente carácter de la divinidad de su institucion; carácter al cual conviniendo mucho darle un nombre que lo exprese sintéticamente, podremos llamarle, si os parece bien, el de la *impasibilidad*. Solo atribuyendo al Pontificado la *impasibilidad* moral puede explicarse como despues que han pasado sobre él la conculcacion y el martirio de los siglos se presente ante los siglos rebosando vida y radiando gloria.

Pero la *impasibilidad* del Pontificado no supone la *impasibilidad* humana; y ved ahí por qué los dardos que se arrojan contra él afectan á los cristianos, cuyos derechos personifica, y afectando á los cristianos, trastornan á los Gobiernos y á los pueblos. Dije, y lo repito hoy, que el sucesor de los Apóstoles conservaria la integridad de sus derechos, de su dignidad y de su poder aunque se vieran obligados á subirse al cadalso uno tras otro todos los Papas.

Por esto el Pontificado se resignaria á dejar el cetro y bajar á las Catacumbas; pero para ello, para no faltar á la confianza que en él han depositado los pueblos, seria menester que los pueblos se resignaran tambien á volver á los tiempos del paganismo: y no puede suponerse que los pueblos se resignen á tal renuncia, sin convenir en su lastimosa ena-

jenacion mental. Pues bien, el Pontificado tampoco puede convenir en una injusticia, ni arruinar voluntariamente el grande edificio que el mismo levantó para que se cobijara en él el espíritu de las épocas cristianas. Los siglos podrán derribar las obras temporales del Papa; el Papa jamás arruinará lo que creó.

Sé que algunos se rien de los que defendemos que el Pontificado es la piedra fundamental de la civilizacion moderna: la ven tan hermosa, tan variada y con apariencias de tanta robustez, que su caída les parece imposible. Sin embargo, no hay para qué reirse.

Actualmente nos cobijamos bajo las bóvedas de uno de los templos mas hermosos y esbeltos de nuestra patria. ¡Qué sólida parece esta bóveda! ¡qué bien sentados estos arcos! ¿es verdad? Mas de una vez al mirar eso, he dicho entre mí: — los templos góticos parecen eternos, porque simbolizan la eternidad: — pero á pesar de que esto simboliza la eternidad y parece eterno, ¿qué sucederia si cortáseis las piedras fundamentales de estas columnas? Todo esto vendria abajo. Si contemplais el gigantesco y empavesado navío que surca el mar, os parecerá imposible que se sumerja; mas, no probeis, no, de abrir el mas pequeño agujero en su quilla, porque veriais como poco á poco, y aun con apariencias de majestad, el navío se iria á fondo.

La civilizacion por lo que tiene de doctrinal y fijo se parece á un templo; por lo que tiene de progresista y movable se parece á un navío: poned y quitad velas al navío, el navío correrá mas ó menos, sin embargo correrá; poned ó quitad altares á un templo, el templo será mas ó menos suntuoso, sin embargo será un templo: pero zapad las columnas del templo, y el templo caerá; abrid un agujero á la quilla del navío, y el navío se hundirá.

Hermanos, el Pontificado es la base de la columna de la civilizacion y la quilla del progreso; hoy parece á algunos que puede quitarse la piedra fundamental sin que nada se trastorne; parece á algunos que puede abrirse un vacío en la quilla de nuestras instituciones sin que todo vacile; pero mirad que aun no se ha abierto este agujero ni arrancado es-

ta piedra, solo se le ha golpeado un poco, y ya la confusion reina en todas partes, ya la zozobra ocupa todos los corazones, y ya los astrónomos políticos nos anuncian una próxima eclipse total de la paz y de la justicia.

El derecho descansa en el Pontificado: si se quita el Pontificado ¿dónde descansará el derecho? ¿se pondrá otro fundamento? Esta operacion es siempre difícil y hasta imposible cuando no se cuenta con elementos para sustituir al antiguo. ¿Qué se colocará en lugar del Pontificado? ¿*La voluntad de los pueblos?* Es siempre una incógnita: ¿el poder de una iglesia, la autoridad de un Papa secular? Ya no existe otra Iglesia que la católica: Dios envió el diluvio de su ira sobre los apóstatas, y los hijos de Babel no se entienden.

Adviértanlo, pues, los pueblos: hay hombres que quieren derribar sin proponerse edificar: si la fe no nos gritara el alerta, nos lo gritaria el amor á la vida; pero hoy no es el amor á la vida el que nos despierta: es el amor á las obras de JESUCRISTO el que nos congrega y nos hace levantar nuestras voces y clamar: *Salva nos, Domine, perimus.*

Sin embargo, el Papado cantará victoria: el Papado es la autoridad de la fe, y *hæc est victoria que vincit mundum: fides nostra*: victoria si se le arrebatara su cetro temporal; victoria si conserva su monárquico trono: pero ¿cuáles serán los resultados morales de esta victoria en uno y otro caso?

Discurramos sobre ello.

Reina de las victorias y de los Pontífices, Vos me disteis otras veces gracia para hablar de la autoridad y de la independencia del Vicario de vuestro Hijo; impetrádmela tambien hoy que debo analizar los frutos de su inmarcesible triunfo en la tierra: *Ave María.*

Hermanos: Si os hiciera observar que el pecado ha corrompido las instituciones sociales, y que los nuevos y los viejos sistemas, fundados en los diferentes principios del racionalismo, van empujándonos á la mas tremenda anarquía, quizá alguno me creeria inspirado por pasiones que jamás dominan al que, con el verdadero espíritu del sacerdocio de JESUCRISTO, sube á esta cátedra santa. Quisiera que los que nos

crean ilusionados pudiesen subir un momento aquí para que vieran cuán pequeños aparecen desde la cima de esta montaña santa las obras y los intereses del hombre; para que experimentaran por sí mismos como el único libro en que el sacerdote estudia lo que ha de decir en sus sermones y conferencias es solo JESUCRISTO, quien es la verdad viva.

Sé bien que con una palabra no se destruye una opinión: sin exigir, pues, renuncien á la suya los que no confien en las definiciones de nuestro ministerio, yo tomaré un pincel que no será el mio, y con él, como que es clásico, os trazaré en cuatro rasgos el cuadro de nuestra sociedad. Miradle este cuadro; sin mirarle no podréis conocer el valor y la naturaleza del triunfo del Pontificado.

«La disolucion amenaza á la sociedad como en tiempo de César; si contemplais el camino que recorre el siglo, os parecerán verdaderos los juicios de la Iglesia, y confesaréis que la situacion social es comprometida. Lo justo y lo injusto que pensábamos discernir son términos vagos y convencionales: las palabras *derecho, deber, moral, virtud*, son meras explicaciones de *ilusorias hipótesis*. (Tened presente que el que escribe esto es un incrédulo). El escepticismo, prosigue, despues de haber devastado la religion y la política penetró en la moral, y en esto consiste la disolucion moderna.

«Nada hay fijo entre nosotros: ni el pensamiento de la justicia, ni el amor á la libertad, ni la solidaridad entre los ciudadanos: no hay institucion que sea respetada, ni principio que no se niegue. No existe autoridad espiritual ni temporal; los individuos se han encerrado en sí mismos, sin un punto de apoyo, sin un rayo de luz: ya no tenemos por quién jurar ni para qué jurar, porque el juramento nada significa... Nadie cree en la integridad de la justicia, nadie en la honestidad del poder. El empirismo...»

Basta. ¿Os disgusta este cuadro? ¿os parece negro? á mí me parece negrísimo; pero no lo he pintado yo, yo no he hecho sino trasladarlo y aun no con todas sus sombras. Pues sabed que su autor es el hombre que se vanagloria de ser el mas anárquico de nuestros tiempos, que nos ha dicho que

le gustaba y se complacia en blasfemar de nuestro Dios.

Y ¿de quién es la responsabilidad de que las cosas hayan llegado á este extremo? ¿De la Iglesia? Hermanos, la Iglesia siglos hace que vaticinaba lo que está sucediendo: la sociedad de hoy no es su obra; si lo fuera, — os diré imitando la respuesta dada por JESUCRISTO á Pilatos; — si el reino actual de la sociedad fuera el reino de la Iglesia, los ministros de la Iglesia no le negarian su apoyo y su autoridad, no huirian del siglo.

¿Quién es, pues, responsable de esta obra? La responsabilidad se reparte entre todas las jerarquías sociales; porque ninguna de ellas, á excepcion de la que procede del Pontificado, ha querido tomarse la pena de estudiar la grandeza de la mision del Cristianismo en la tierra. El espíritu humano que debia presentarse á JESUCRISTO y decirle: «Re-dentor mio, dominadme,» no lo hizo así; al contrario, se manifestó tan mezquino con Dios, que el tiempo que debian emplear los poderes públicos en estudiar el Cristianismo para modelarse segun él, lo han gastado en discutir lo que llamaré *cuestion de las fronteras del reino de Dios*.

¡Poderes de la tierra, pueblos! ¿tenia obligacion JESUCRISTO de daros su sangre? ¿qué derecho teniais á que el Cristianismo os diera una civilizacion nueva? Pues JESUCRISTO os dió una civilizacion nueva y su omnipotente sangre sin que tuviérais derecho á ello; ¿por qué sois mezquinos hasta disputar derechos á la Iglesia que os dió derechos sin que tuviérais derecho?

¡Qué ingratitud en vosotros! ¡qué generosidad en Dios!

Ved ahí la causa del renacimiento de los desórdenes del paganismo. La sociedad ha preferido seguir siendo súbdita del hombre á serlo de JESUCRISTO; en esto ha imitado al pueblo israelita: al pueblo israelita no le gustó el gobierno de Dios, quiso hacer rey á un hombre. Cuando el hombre substituyó á Dios, todo se desquició en aquel reino: yo quisiera que los enemigos del gobierno de Dios me manifestaran como no está todo desquiciado entre nosotros.

El hombre que no sabe dominarse á sí mismo ¿cómo dominará al conjunto de sus hermanos? Solo Dios que ha cons-

truido la máquina social sabe los resortes de su movimiento: os aseguro que si yo quisiera recomponer un reloj lo echaria á perder, porque no soy relojero.

Todo lo mas que puede crear el hombre es instituciones humanas, las que aunque sean humanitarias, en el fondo son paganas: hoy el espíritu de nuestra sociedad es el paganismo, y el paganismo es un cadáver: ved ahí porque nuestra sociedad se siente mala, no puede digerir doctrina alguna: si le preguntais si cree, os responderá que no se resigna á tanto; si le preguntais si niega, os dirá que no tiene tanto valor. La inapetencia le atormenta en todo; en lo político, en lo filosófico.

Entre tanto la gangrena se extiende, y poca observacion necesitaremos para convenir en que el corazon de los pueblos civilizados de Europa no está menos gangrenado que el ingrato cútis de la Turquía. Allí reina el hombre, aquí reina tambien el hombre.

La sociedad está mala y los médicos humanos por toda receta la dicen que se conserve buena.

El sacerdote debe ser mas franco: yo, pues, aunque haya de llevarme chasco, me dirijo á los tutores de la enferma, y les digo: la enfermedad de vuestra encargada nace de la conciencia: la duda y la incredulidad son una enfermedad moral; pues á enfermedad moral remedio moral: haced confesar á la enferma y la habréis salvado; hacedla postrar ante el Vicario de JESUCRISTO, y que le diga: — Confieso á Dios todopoderoso y á vos padre su vicario, que he pecado gravemente en los pensamientos, en las doctrinas, en las instituciones, en los gobiernos, y en todo por mi culpa, por mi gravísima culpa. —

Entonces la gran pecadora oirá la palabra de misericordia de la Iglesia, y el Vicario de JESUCRISTO le impondrá por penitencia que rompa las cadenas que atan al sacerdocio y á los pueblos; que sea la paternidad la forma de gobierno del porvenir, y la santa humildad del Cristianismo el espíritu de las muchedumbres; que todos nos amemos como á hijos de un mismo Dios, salvados por el mismo Redentor; que se reconozca que Dios, principio de todas las cosas, es el principio

de todo derecho; que no hay derecho que no nazca del derecho divino; que el lenguaje social sea siempre el de la verdad, jamás el de la explotacion.

Entonces los reyes voluntaria y sumisamente acudirian al Pontífice para consultarle en sus mútuas discordias, y los pueblos acudirian á él para impetrar gracias de sus soberanos. Cesaria el litigio entre el Pontificado y el imperio, porque este reconoceria en aquel el *Sancta Sanctorum* de la justicia, de la misericordia, del amor.

Dirá en su interior alguno: « Vos abogais para la reaparicion de la edad media; ¡reaparicion imposible!» No, hermano, yo no abogo para la reaparicion de ninguna edad: ni la edad media, ni la edad primitiva, ni la edad moderna son ni fueron cristianas; por lo que abogamos es para la formacion de una edad que no se encuentra en la historia, *la edad del espíritu del Cristianismo*.

Si Dios movido por los ardientes votos de los fieles se digna confundir á los enemigos del poder de su Vicario conservándole la soberanía temporal de sus Estados, tal victoria en el tiempo podria tener favorables consecuencias; quizá seria un largo paso hácia tan grandioso resultado. Su milagrosa salvacion, al través del genio fecundizado de la tempestad, abriria los ojos á muchos poderes que hoy los conservan muy cerrados, quienes reconocieran el dedo de la Providencia en la conservacion de estos derechos contra los que los elementos corrompidos y poderosos de la sociedad se levantaron. Veriase que el trono pontificio, visiblemente patrocinado por Dios, no necesita los miserables padrines del hombre; reconquistada quedaria su influencia moral sobre los poderes, á los que podria fácilmente encaminar. Eso quiere decir que la sociedad todavía puede salvarse, puesto que si el Papa influia directamente en los soberanos, los soberanos serian justos, y entonces fácil les seria velar por la justicia de las doctrinas, y extender y propagar las máximas de la fe, y ¡bien lo sabeis!

Hæc est victoria quæ vincit mundum: fides nostra.

Doce pobres creyentes salvaron el mundo; ¿no podrian contribuir á su salvacion doce soberanos que creyeran?

¿Quién sabe si Dios permite se combata al poder temporal del Papa para que la victoria del poder temporal del Papa sea la estrella que conduzca á los reyes á adorar el Cristianismo, y por consiguiente á supeditar á sus adversarios! Esperemos: Dios tiene lecciones para todos. Á los grandes les enseña con el lenguaje de la magnificencia, á los pequeños con la elocuencia de la humildad.

Si el poder temporal triunfa, la fe habrá triunfado en el tiempo, y reinará en el poder.

Hæc est victoria quæ vincit mundum: fides nostra.

Pero supongamos que la abominacion haya llenado la medida del divino enojo, y que Dios quiere castigar á los ingratos pueblos entregándoles á merced de sus pasiones; es claro que la separacion de Dios llevaria consigo el martirio de su Vicario. Entonces la cruz seria derribada de las cúpulas, el poder se declararia emancipado de toda ley, y el paganismo reapareceria oficialmente. Pronto veriais inmolarse cruentos sacrificios á la razon, á la lascivia y al robo, y las víctimas serian los cristianos. Los enemigos del gobierno de Dios obrarian á sus anchuras; y sin duda, desterrado Dios de la civilizacion, se irian con él todos los elementos divinos que esta contiene; la caridad, la misericordia, el honor.

Sin embargo, ¿quién impediria á los cristianos seguir la ley de JESUCRISTO en los desiertos? ¿Quién impediria al Pontífice del Cristianismo ejercer su autoridad apostólica al través de las persecuciones? Y entonces ¿qué victoria la de aquella fe que reina sobre el martirio! ¿qué grandeza la de aquella autoridad que no pueden vencer las fuerzas conferadas del mal!

El poder pontificio, que hizo salir la Europa del caos, ¿por qué no podria levantar una Europa en las Indias? Parece que el Verbo de Dios compartió con su Vicario el poder de crear.

Los misioneros nos anuncian que en la Oceania y en la América algunos millones de almas piden *pan de doctrina*, y no hay quien se lo reparta: ¿quién sabe si Dios quiere que ellos sean los herederos de nuestra civilizacion y de nuestras glorias? De Dios es toda la tierra, y á los habitantes de

todos los países podemos saludarles llamándolos: *hijos de Dios, hermanos nuestros.*

La obra de Dios puede levantarse en cualquiera patria, pues el Señor es el propietario de todos los países; todos los climas son buenos para la Iglesia, que no enfermó viviendo tres siglos en los húmedos sótanos del idólatra Capitolio. Por cierto que, aun si apostataran algunos millares de creyentes, no podria decirse destruida la Iglesia que en tiempo de JESUCRISTO se reducía á un *pusillus grex*.

Ya lo veis, si vinieran nuevas persecuciones y nuevos martirios, ¡alegraos! porque veréis nuevos testimonios de la divinidad de la Iglesia: si viéreis que la Europa levanta un mausoleo para enterrar en él el Pontificado, ¡alegraos! porque el sepulcro erigido para el Pontificado servirá para enterrar la civilizacion atea.

Acordaos de Grecia. Mirad á Atenas, y exclamad: ¡Gloria á Dios! Acordaos del África; mirad sus desiertos, y exclamad: ¡Gloria á Dios! Allí veréis las huellas de una civilizacion que pasó de largo porque se la quiso emancipar del derecho pontificio: quien choca contra esta piedra se estrella, solo lo que se levanta sobre ella permanece.

No deja de ser notable que mientras algunas potencias europeas apresuran con su incalificable conducta la completa ruptura de la autoridad temporal con la espiritual, un rey de Etiopia haya venido á Roma representado por sus criados para abjurar sus errores, abrazar la fe romana, y declararse vasallo del sucesor de san Pedro.

Recordad que la Etiopia es un país poblado; comprende un dilatadísimo imperio, en el cual innumerables almas seguirán sin duda el ejemplo de Negoussié: el movimiento regenerador ha empezado ya allá... Cuando la apertura del istmo de Suez sea un hecho, el África adquirirá una nueva importancia: por ahí se explica el ahinco con que Pro IX fomenta las misiones africanas. La Etiopia está destinada á ver reproducidos sus primitivos dias, y á dar á la historia de la civilizacion una página notable.

Cuando la lucha del sacerdocio y del imperio se provoca con nuevas fuerzas y recrudecen vigorosamente los comba-

tes entre los poderes temporales y el eterno, el espíritu se abre á la esperanza mas risueña; se confia mucho en Dios al ver que soberanos de luengas regiones vienen á depositar sus conciencias en la fe católica.

Instintivamente recuérdase que la Europa era un campo estéril de virtudes cuando el África, sembrada de frutos de moralidad, los producía tan fecundos y apreciables como el espíritu del sábio de Tagaste: instintivamente se piensa tambien en la posibilidad de que el África vuelva á ser el campo de las divinas maniobras, dado que la Europa endurezca su corazon y enerve sus creencias. Cuando se ve al Rey de Etiopia venir á Roma, ¿á quién no le acude que los Reyes de Sabá y de la Arabia, marchando á Belen, cuna de Jesús, atrajeron en pos de sí á la universa gentilidad?

Si la fe católica perseguida por los enmascarados ateos que desmoralizan la Europa con sus continuos y calculados juegos, tuviese que abandonar el vasto imperio de la civilizaci6n que sembró y cultivó; la Etiopia recibiría el dogma de los progresos, de buena voluntad y sincero ánimo; y el África vería improvisarse como por encanto en su ardoroso suelo una nueva Roma. Y el Catolicismo africano sabría acompañar á la ciudad pontifical de otras y otras ciudades, que podrían muy bien ser dignas émulas de París y Bruselas, de Viena y Madrid.

La fe que hizo del corazon de un bárbaro el de un europeo, el de un cristiano, es capaz de verificar cualquier transformaci6n, cualquier progreso.

Quizá Dios castigará al siglo de las incredulidades haciéndole ver un prodigio semejante de la fecundidad de su santo espíritu.

Dios nuestro, no afijais con esta prueba de vuestra omnipotencia á nuestros dias, ni á nuestras patrias; al fin, la Europa, si hoy es rebelde, un dia os fue sumisa, y la rebelion de hoy puede servir para ostentar de nuevo, de una manera gloriosa, el inagotable caudal de vuestra misericordia. Salvad la Etiopia, atraed los príncipes africanos á las gradas de la Santa Silla, no solo á los príncipes africanos, sino tambien á los príncipes de todos los países oscuros, pero sin

desechar á los príncipes europeos; salvad tambien la Europa, y consagraed así la union, el maridaje de todos los pueblos; que todos se sometan y marchen adelante, con Vos á la cabeza, para que no habiendo mas que un espíritu, un bautismo y una fe sean todos felices, y puedan exclamar reunidos á la sombra de vuestro Vicario: *Ecce quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum.*

Hermanos: ¿amanecerá el dia en que se dirá: estos son los restos de la gran civilizaci6n? La gloria se ha marchado de la Europa y amanece en África? Soy siempre ingénuo: en verdad os lo digo: no lo creo, no lo temo.

Tantos siglos de Cristianismo han infundido á los europeos cierto elevado criterio, cierto profundo buen sentido que, si puede embargarse por un corto período, es imposible se enajene completamente. Este buen sentido, este elevado criterio ha hecho despreciar á la Europa el reinado de la inmoralidad y de la injusticia descaradas, y las herejías no han podido aparecer sino cubiertas con la máscara de la honradez y del misticismo: la Europa, despues de haber admitido algunas, las rechazó al punto que las conoció. Esperemos que la injusticia cuando sea conocida será rechazada, y que si Dios permite un principio de sacudimiento en las bases de nuestra sociedad, al advertir los pueblos que los falsos profetas les engañan, correrán á apoyar con sus brazos el edificio colosal, cuya caida les sepultaría á todos. Entonces el Pontificado—despreciado por las soberanías—encontraría su trono en los brazos de los pueblos; y los pueblos, haciéndose el sosten del Pontificado, se salvarían á sí mismos. Y ¿no es verdad que el Dios que ha sabido formar tantas fisonomías cuantos hombres, podría tambien crear, sin que se agotara su poder, una fisonomía social diferente de las que hoy conocemos?

Reasumamos.

Si el Pontificado conserva, á pesar de la revolucion atea, el poder temporal, su triunfo, el mas completo que habrá conseguido en la historia, podrá darle una suprema influencia en los destinos venideros de la civilizaci6n: entonces la